

**“El Dios de mi mente
es una mera construcción de ésta;
yo no conozco otro Dios,
sino al Dios de mi corazón.”**



26 La pregunta de Gretchen

La “pregunta de Gretchen” – sobre las convicciones religiosas que cada uno de nosotros puede tener – se encuentra en el “Fausto” de Goethe. Gretchen le pregunta a Fausto, “¿y qué hay acerca de tu religión?”, la respuesta de Fausto es evasiva, y nosotros estamos tentados a usar la misma táctica, ¿Religión en la escuela? ¿En una escuela estatal? ¿Se podrá plantear el problema hoy en día?

Hace cincuenta años, nadie ponía esto en duda. Se rezaba al iniciar y al finalizar la jornada escolar; en las regiones católicas, un crucifijo colgaba en cada aula y la clase de religión formaba parte – junto con la instrucción confesional – del plan de estudio oficial. Y si había cualquier ofensa a la moral cristiana, era completamente natural que el docente se refiriera a los Diez Mandamientos.

Claro que hay escuelas donde todavía es así, pero en general, las condiciones han cambiado notablemente, pues con el tiempo, se ha llevado a cabo un cambio social fundamental. El arraigo de nuestra población en una comunidad religiosa, que antes era algo natural, se ha debilitado significativamente. Las ideas cristianas tradicionales, sobre el pecado y sus consecuencias, han dejado de ser la base del comportamiento moral de la mayoría. La mayoría de las prácticas religiosas, tanto las públicas como las que se hacían dentro de la familia, han sido abolidas. Para la gran mayoría, la diferencia entre las diferentes Iglesias se ha desdibujado, y por supuesto, las barreras entre las Iglesias han caído también. La autoridad de las instituciones eclesiásticas se ha reducido a un mínimo. Una gran parte de aquellas personas que se consideran religiosas, se ha distanciado de los principios dogmáticos y ha ido incluyendo elementos de otras confesiones, religiones o filosofías en

sus creencias. Religiones extranjeras se han instalado en lo que fue anteriormente el Occidente cristiano. Hoy día, declararse sin religión, es algo que la sociedad acepta. Se considera que la religión es algo privado y solamente se alude a ella marginalmente en las discusiones públicas sobre política, ciencias o arte.

Dentro de éste ambiente, es sumamente difícil llegar a algún consenso sobre cualquier función que pudiera tener la religión en la educación estatal. Lo primero que viene a la mente es tan sólo la tolerancia: el que quiera tener una religión, deberá practicarla en privado, donde quiera que lo desee, salvo en la escuela. La escuela deberá ser una zona libre de religión.

Pero si pensamos así, nos estamos engañando, pues existen culturas religiosas para las cuales la tolerancia no es algo deseable. Ellas insisten en que se les permita vivir sus convicciones religiosas incluso en la escuela. Los maestros están directamente expuestos a esto: algunas niñas quieren usar sus símbolos religiosos y no participar en las clases de gimnasia, natación o en los campamentos escolares. Ciertos alumnos de primaria rehusan escribir la letra “t”, porque tiene forma de cruz; algunos padres protestan cuando se encienden velas para Navidad, se cantan villancicos y se leen cuentos navideños, mientras que otros exigen, que en las lecciones de ciencias se reemplace la teoría de la evolución por la historia de la creación, tal y como la cuenta la Biblia, o que al menos se enseñe ésta como teoría equivalente.

Estos acontecimientos ponen a la escuela ante un dilema. El choque entre la intolerancia y la tolerancia llevará, ya sea al conflicto, o a la victoria de la intolerancia. Nuestra enseñanza será entonces perdedora, ya que – en la tradición del humanismo ilustrado – es imposible educar tanto en una atmósfera de intolerancia, como de lucha por el poder. No debemos abandonar a los maestros frente a este problema, y para resolverlo, se requiere una intervención política.

A Pestalozzi esto le resultó más sencillo. Al menos, podía contar con el consenso de una mayoría de la población en relación con el cristianismo, o al menos con la religiosidad. Para él, no había duda respecto a que la educación global de una persona, tal como la entendía él, era básicamente religiosa. *“Estoy convencido que mis propósitos florecerán únicamente en terreno religioso”*. Esto se lo escribió al vicario general de la diócesis de Constanza, Ignaz Heinrich von Wessenberg, en 1808 (*“Sämtliche Briefe”*. *Cartas completas* 14, 109). Y en su obra principal sobre el método de enseñanza, *“Wie Gertrude ihre Kinder lehrt”* (*Cómo Gertrudis enseña a sus hijos*, 1800), designa el vín-

culo entre su método de educación y el desarrollo del respeto a Dios, como “*la piedra angular de todo mi sistema*” (“*Sämtliche Werke*”. *Obras completas* 13, 341). Igualmente, él ve en “la fe y el amor” la meta más profunda de la educación del corazón, y en el concepto de “una educación-moral-religiosa” combina ambos objetivos: educación moral y respeto a Dios. Para él, “las facultades del corazón” no son – como se piensa con frecuencia hoy en día – las emociones como tales, sino nuestras “capacidades morales-religiosas”.

Debemos recordar que primero, Pestalozzi no consideraba a “Dios” como un poder del más allá gobernando al mundo desde lo alto, sino como una luz interior trabajando dentro del corazón humano. El veía a Dios “*como la relación más cercana de la humanidad*” (“*Sämtliche Werke*”. *Obras completas* I, 273), esto es, no como un ser sobrenatural, pero como una realidad que podemos sentir en nuestros propios corazones. Su “educación moral-religiosa” fue diseñada para permitir a la gente joven, mientras crecía, oír y amar “a Dios en lo más profundo de su ser”. Consideraba esta forma del amor divino como la base más segura para un comportamiento ético. Así que escribió en 1782, un pequeño ensayo en su propia revista: “*Ein Schweizer Blatt*” (*Una hoja suiza*): “*Si te olvidas de Dios, te olvidas de tí mismo, porque el amor de Dios es tu vida, ¡oh mortal! - es el nexo que ata los poderes de tu corazón y tu cabeza, y la desintegración de este sagrado nexo de tus poderes es la fuente de su disolución, y su disolución genera el pecado que te mataría, ¡oh hombre! Por lo tanto, guarda bien la fuente de tu vida y el nexo de tus nobles poderes y amor a Dios. Mira a tu alrededor, ¡oh mortal!, y mira lo que es el hombre que no ama a Dios.*” (“*Sämtliche Werke*”. *Obras completas* 8, 266). Y procede describiendo las consecuencias del desconocimiento de Dios: infelicidad, desesperación, auto destrucción, “*Los nexos de la vida son nexos de virtud, y ellos se desgarran cuando el hombre no honra a Dios.*”

Cualquiera que aspire a “la educación en el espíritu de Pestalozzi”, no puede darse el lujo de ignorar esas observaciones fundamentales. Al menos debería preguntarse si, lo que afirma Pestalozzi, pudiera ser correcto. Si, por lo general, el comportamiento social de la gente educada en esta espiritualidad, y que está dispuesta a justificar su vida ante Dios, no sería realmente acaso más responsable, que el de aquellas que rechazan la idea de una voz divina interna, sin ni siquiera tomarla en cuenta. O si acaso no están mejor dispuestas a rechazar la violencia, a demostrar más respeto por sus congéneres, ser más persistentes en su búsqueda por la paz, más favorables a aceptar responsabilidades o demostrar una actitud bondadosa hacia el mundo que

les rodea.

De estar Pestalozzi en lo cierto, sería sensato – dados los urgentes problemas, sociales y morales que tenemos – considerar si, y bajo que nuevas formas, se pudieran incluir algunos conceptos religiosos en el sistema educativo.

Básicamente, dado el contexto de los cambios sociales radicales que hemos ya mencionado, y de la situación jurídica de las escuelas del estado, no es posible seguir defendiendo los principios de ciertas creencias religiosas, ni siquiera de las propiamente cristianas. Lo que se necesita es algo que todas compartan: la conciencia de la existencia de un poder que nos abarque a todos, y el deseo de justificar nuestras vidas ante esa máxima autoridad interna – la cual se expresa en nuestra conciencia.

Únicamente el maestro que mantiene una relación emocional positiva con sus alumnos puede hablar con convicción de la *conciencia* y de lo que es escuchar la propia voz interior de uno. Tal relación se caracteriza por el respeto mutuo o el afecto. Sobre esa base se puede examinar el problema, para saber porqué motivo una persona hace el bien y evita el mal. Me he tropezado con alumnos que han visto solamente una razón para no robar mercancía en los supermercados: no querían ser atrapados. Confesaban con toda naturalidad que robaban cuando existía la garantía de no ser pillados. También me he tropezado con alumnos de dieciséis años, que por primera vez escuchaban la palabra “conciencia” – y no tenían ni idea de lo que esto significaba.

La conciencia solamente se puede desarrollar *cultivando el silencio*. Si, como maestros, no podemos conseguir que nuestros alumnos perciban los efectos benéficos del verdadero silencio, hablarles de conciencia, únicamente degenerará en una insípida prédica moral. No les llegará a lo íntimo. Afortunadamente, hay alumnos que, junto con sus maestros, pueden estar en silencio, escuchan lo que está dentro de ellos y expresan lo que han oído sin tener que reprimirse. Esta intimidad es, de alguna forma, la antítesis del ajetreo, la actividad bulliciosa, y la despersonalización que hay en la educación moderna.

En el centro de la cultura del silencio, se encuentra la *meditación*. Es un espacio de encuentro para gente religiosa y no religiosa. Una zona libre de dogmatismo o ideología, disponible para la creatividad del corazón y de lo más profundo de cada ser humano. La enseñanza que está basada en el espíritu de Pestalozzi siempre ofrece oportunidades para momentos de contemplación meditativa.

Esta *cultura del silencio* y del hábito de meditación también contrasta con el embrutecimiento cada vez mayor que se expresa, primero, en el len-

guaje simplista lleno de superlativos triviales, segundo, en la rudeza de trato mutuo, y por último, en la violencia física o psicológica. Realmente, para llevar hacia la comprensión y consideración del prójimo a esos jóvenes, que sólo saben utilizar sus puños, no conozco ninguna otra forma de hacerlo sino de introducirlos gentilmente a la posibilidad de tranquilizarse, escuchando lo que existe en su interior.

La religión sí tiene un lugar legítimo en la escuela de una forma más limitada, es decir, como parte de nuestra *herencia cultural*. Ya no se precisa ser religioso o creyente para interesarse en la religión y en sus manifestaciones, como tampoco se tiene que ser marxista para estudiar el marxismo. Aquél que no se interesa por las religiones está ignorando un elemento central de la vida humana, y por lo tanto, carece de la llave para comprender importantes acontecimientos históricos, notables fenómenos sociales, así como obras literarias, artísticas y musicales de gran valor. Independientemente de saber si uno considera a la Biblia como revelación divina o no, el conocimiento de la Biblia facilita la comprensión de innumerables fenómenos culturales. Visto desde esta perspectiva, es tan sensato esperar que un musulmán se familiarice con la Biblia, como un cristiano lea el Corán.

Asimismo, es parte de la educación de una persona, no únicamente conocer las biografías de aquéllas que se guiaron por ideologías, sino también las vidas de las personas que extrajeron fuerzas de su relación con Dios. Yo no sé por qué nuestros alumnos deben aprender datos sobre Hitler, Lenin o Mao, pero rara vez algo sobre Teresa de Ávila, Francisco de Asís, Edith Stein, Maximilian Kolbe, el Abad Pierre o el Cardenal Galen, quien en tiempos sumamente difíciles, buscó la forma de combinar la acción cristiana, el patriotismo y la lucha contra la ideología Nazi.

La gente joven busca *modelos*, esto lo sabe la industria moderna del entretenimiento perfectamente, y por ello explota esa necesidad al máximo. Los maestros que den a conocer a sus alumnos la biografía de personas que siguieron su conciencia, fueron fieles a sus principios éticos o vivieron de acuerdo a sus convicciones religiosas, darán a los jóvenes la posibilidad, en sentido propio, de tomar medidas. Quizá ellos puedan descubrir aptitudes dentro de ellos, que les permitan alcanzar cosas más elevadas, que simplemente ser el centro de la atención.

Cualquier maestro, aún el que no sea religioso, puede hacer uso completo de las sugerencias que he presentado aquí. Un maestro con convicciones religiosas debe ser reservado. Hacer propaganda de sus creencias, sería abusar

de su poder tanto como al hacer propaganda de sus orientaciones políticas. Como bien se sabe, cada punto de vista tiene su contrario y el imperativo de la honradez es presentar, en la medida de lo posible, cada punto con la misma objetividad. Mientras así se haga, no habrá problemas. Pero en la manera de respetar este requisito, hay un derecho que no podemos rehusarle al maestro, a saber, el derecho a *atestiguar* (*dar fe de algo*). Aquí también debe mostrar moderación, sin embargo, siempre habrá ocasiones para explicarle a sus alumnos, porque él hace una cosa y no otra. Un maestro con convicciones religiosas no dejará a sus alumnos en la incertitud, y les dirá ante quién él se siente responsable y de dónde saca él sus fuerzas.